

Hegel y el poder. Un ensayo sobre la amabilidad

Hegel and the Power.

An Essay about Friendliness

Reseña bibliográfica de Nicolás Di Natale

Universidad de Buenos Aires.

Correo electrónico: nicolasdinatale@hotmail.com



Datos del libro: Han, Byung-Chul. *Hegel y el poder. Un ensayo sobre la amabilidad*. Barcelona: Herder Editorial, 2019, 160 páginas

Palabras clave: Poder, Hegel, amabilidad, ausencia.

Keywords: Hegel, Power, Friendliness, Absence.

Anacronismo e Irrupción, Vol. 10, N° 19
(Noviembre 2020 – Abril 2021): 287-294

 Dialnet  latindex  REDIB 

Fecha de Recepción: 15/03/2020

Fecha de Aceptación: 01/08/2020

ISSN: 2250-4982

La primera obra traducida al español de Byung-Chul Han fue *La sociedad del cansancio*¹ en el año 2012; de ahí en adelante se encuentran traducidos 18 libros del filósofo surcoreano. Sin embargo, podríamos dividir su producción académica en dos claras temáticas: por un lado, están los trabajos, mayormente difundidos, orientados a la filosofía política contemporánea; por el otro, se encuentran las obras donde desarrolla el marco teórico y filosófico que muchas veces se le critica carecer a las primeras.

El presente trabajo editado a fines del año 2019 por la editorial Herder se encuentra dentro del segundo grupo de obras. Allí se propone realizar un recorrido por la conceptualización del poder en la obra de Hegel en relación a la amabilidad. De esta forma, el primer objetivo de Han es disociar el poder de la violencia, puesto que para Hegel el primer término posee la facultad de congregar y el segundo, la de dividir.

En el primer capítulo, Han parte de la descripción dada por Hegel sobre la naturaleza, a la cual entendía como un ente inmóvil carente de toda interioridad. De este modo, la naturaleza se rige por el “es-así”, sin voluntad propia y una tediosa permanencia estática sin posibilidad de hallar un poder que la unifique. Por consiguiente, “bello solo es, para Hegel, la interioridad del alma que se manifiesta libremente en la realidad”². El paisaje natural solo posee significado cuando está puesto en relación con el estado anímico del alma humana.

A la forma adquirida por la interioridad en el exterior, en tanto imagen que «re-tiene» lo interior, Hegel la llama «con-cepto». Dicha adaptación al español, explica el traductor de la obra, se refiere a un juego entre las palabras *durchgreifen*, “retener”, y *Begriff*, “concepto”, siendo ambas derivados del término *greifen*, “asir”. El concepto es la expresión del interior que permanece junto a sí en el exterior, esto es, el resplandor del acontecer-de-verdad posibilitado por el poder de mantener todo en-sí. A saber, unir dentro de sí las diferentes singularidades es la belleza del poder.

¹Han, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder Editorial, 2012.

²Han, Byung-Chul. *Hegel y el poder. Un ensayo sobre la amabilidad*. Barcelona: Herder Editorial, 2019, p. 17.

La belleza es para Hegel el poder de continuar el sí-mismo en el exterior, en tanto la curvatura de sus líneas se repliega para volver a-sí, ciñendo el exterior en el interior. Han observa atinadamente que el concepto hegeliano impide toda posibilidad de amabilidad, quedando clausurado el espacio a la pluralidad. “El poder es la capacidad de continuarse a uno mismo en otro permaneciendo intacto”³. En términos arquitectónicos, señala Han, el ideal de la morada hegeliana sería una enteramente cerrada. Por ello, nuevamente indica la imposibilidad de un ámbito amable allí donde no hay una apertura a lo absolutamente ajeno.

Ante ello, Han exhibe diferentes pasajes de la obra de Hegel en la cual sostiene que lo bello solo puede ser evaluado por la hondura de la interioridad; solo la unidad interna, esto es, brotar del alma la deleitosa beatitud. La música, la poesía y la pintura son las artes jerarquizadas según el grado de interioridad que logran expresar a la subjetividad replegada sobre sí misma. Por ende, la música gracias al compás permite al sujeto ordenar impidiendo que el sonido salga de sí, y de esa forma, el yo se oye así mismo, es decir, goza de sí-mismo. Sin embargo, el sonido está sujeto a la percepción sensible, y esto, según Han, no permite que el espíritu esté del todo en-sí. Por otro lado, la poesía también es una forma artística que, a pesar de la manifestación sensible, posibilita al espíritu estar más cerca de sí. Por último, en el arte romántico el artista esboza sobre el cuadro solo el resonar objetivo de su interioridad, haciendo así del placer estético un goce autorreferencial, puesto que el sujeto, al igual que en Kant, experimenta “la interacción armónica de sus facultades anímicas”⁴. En cambio, en el arte moderno movimientos como el Dadá, utilizan la técnica del collage para hacer de la representación una multiplicidad de objetos que quiebran la armonía del arte romántico. Han destaca a esa praxis como amable al permitir reunir lo diverso en un plano donde cada parte puede permanecer fiel a sí y, de esa forma, posibilitar

³Han, *op.cit.*, 27.

⁴Han, *op. cit.*, 38.

una cercanía de lo diverso. Por ello, la amabilidad en el arte consiste en que el sujeto humano se repliegue sobre sí y deje hablar abiertamente a las cosas en el mundo, esto es, una anarquía del vacío.⁵ Es así que Cézanne para Han es un creador de paisajes del vacío, desechando al *humanus* de su producción para interpretar al mundo en el pasivamente “es-así”. Para el artista, el espíritu no es expresión y despliegue de la interioridad, sino una absoluta desinteriorización carente de todo poder.

En el segundo capítulo, Han expone otra forma de pensar el despliegue del espíritu, a saber, la digestibilidad en tanto proceso por el cual el yo hace propio al no-yo. La ingesta redime a la cosa sustrayéndola del aislamiento sensible para hacerla partícipe de algo más elevado, es decir, su “verdad”. De esta forma, el objeto no queda destruido sino que tiene continuidad en el sujeto, en tanto ente que le pertenece. Este acto, según Hegel, no es violento debido a que el propio concepto del objeto acarrea el germen de la asimilación del sujeto, para hacer de sí una parte de la verdad. La violencia a diferencia del poder, separa y aísla. El poder, en cambio, reúne a través de un *continuum*, y como tal, se expresa en libertad del sí-mismo. Han destaca a la digestión como un principio del espíritu teórico, la idealidad es digestibilidad; reduciendo lo exterior dentro de la interioridad. De esta manera, la digestión de lo otro, en tanto sujeto, es una lucha por el poder de continuarse el uno en lo otro. El amo ostenta el poder de hacer al otro su yo (esclavo) pero en esta relación tampoco él es auténticamente libre porque el esclavo no goza de libertad. Como así tampoco, para Han, el esclavo no está del todo sometido, incluso puede preferir la muerte a ser dominado. Esa decisión afirmativa lo presupone libre. Por ello, aquí menciona Han no se trató simplemente de revelar el reconocimiento intersubjetivo, sino además cómo el individuo renuncia a su aislamiento solipsista en beneficio de lo universal. Al incorporar la dimensión de lo otro, el esclavo da el primer paso en la conformación del universal. En su conjunto, todas las voluntades sirven a la

⁵Han, *op. cit.*, 46.

auténtica voluntad general racional, es decir, el Estado Absoluto hegeliano. El yo deviene en nosotros y, solo a través de la comunidad, el individuo puede verse a sí mismo en el otro como un sujeto libre. La libertad implica la identidad de sí-mismo en el otro: "soy libre porque en el otro vuelvo a mí mismo, porque en el otro permanezco junto a mí"⁶. En contraposición a este poder digestivo, la amabilidad para Han no se basa en la identidad de la cercanía sino en una cercanía de la lejanía.

También, menciona Han, que las relaciones sexuales son un acto digestivo simbólico en el cual dos individuos hacen realidad el "concepto" existente en-sí, esto es, la reproducción de la especie. Según esta lectura hegeliana, el amor hace desaparecer la otredad, donde el sí-mismo goza de la posesión de lo otro en tanto posesión de sí. De esta manera, transforma la diferencia en identidad, profundiza la repetición y el aislamiento del sí-mismo. En cambio, según Han, Heidegger concibe a la amistad y al amor como el espacio propicio para "dejar-ser" al otro, disponiendo la apertura de una amabilidad dialógica que se sustrae de la interioridad y la identidad de sí. El gesto del saludo amable "deja al otro en su propio ser"⁷, siendo este acto un entre donde se dirige hacia el otro sin sí-mismo. La cercanía de la lejanía heideggeriana sigue siendo para Han metafísica, puesto que se aferra a la idea del «ser». En cambio, la propuesta de él es una amabilidad del vacío cuya apertura desdibuja los contornos del "ser", y deja un extenso espacio para el mundo del "es-así".

El tercer capítulo, aborda el poder como metafísica y comienza mencionando a Heidegger, quien llevó adelante una arqueología "ontohistórica" del pensamiento occidental para demostrar la existente imbricación originaria entre "ser" y "poder". Destacando como rasgo fundamental del poder a lo "idiotá", es decir, lo "en-sí-mismo-ávido" cuya voluntad de crecer hace de dicho proceso la tensión del afuera en una profundización de la interioridad de sí. En

⁶Han, *op. cit.*, 72.

⁷Han, *op. cit.*, 79.

palabras de Heidegger, el poder posee una inclinación originaria hacia sí, como ser-efectivo de llevar a efecto la aspiración de sí. Esta estructura de la subjetividad ya está presente en Hegel cuando explica la autorreferencialidad “en-dirección-a-sí” de la “relación absoluta” en la lógica del poder; a saber, “lo uno se relaciona con lo otro como consigo mismo, y así permanece, en lo otro, junto a sí”⁸. El absoluto está decidido a permanecer fielmente a sí, a ser “lo que ya es” y en el movimiento de la exteriorización se transparenta lo que es en-sí sin perderse en el afuera. El “ser-hacia-afuera” se realiza como una exhibición-de-sí, como poder de asir todo en uno. De esta manera, se puede afirmar que el poder para Hegel comienza manifestándose como sustancial. Es decir, como fuerza estable que suma todos los accidentes, los cuales se encuentran en constante movimiento y transitoriedad. Sin embargo, este poder sustancial se presenta incompleto, ya que solo sujeta al ente y dice lo que es pero no cómo es, es decir, no puede comprenderlo. El despliegue siguiente de la consolidación del poder es cuando se produce el cruce de dos sustancias, y una de ellas toma el lugar de una fuerza activa, y la otra de fuerza pasiva. En dicha lucha, la sustancia pasiva se libera gracias a la fuerza de la sustancia activa y puede ser lo propio de sí-misma. Es decir, el poder como acontecer verdadero le revela a la sustancia pasiva su propia verdad, forjando juntas el concepto, siendo así para Han, el poder de hacer en lo otro la unidad consigo. De esta forma, la libertad para Hegel es permanecer junto a sí en el otro, siendo idéntico a sí-mismo en el otro; dicho de otro modo, la sumisión se presenta como libertad. Por lo cual, Han explica que en la teoría hegeliana del poder aparece el significado de sujeto, esto es, el estar sometido en lo otro de sí mismo. El sometimiento libre es ligar-se-al-otro y continuarse a sí-mismo en la verdad del concepto.

Sin embargo, Heidegger entiende a la dinámica del poder hegeliano como violenta. Hace uso del sometimiento de lo absolutamente otro para hacer la voluntad de sí. Él intenta buscar la referencialidad que precede al sujeto

⁸Han, *op. cit.*, 85.

desplegado, “aquello que nunca será perceptible en una imagen” y domina sin necesitar el poder, esto es, el ser.⁹ De esta manera, atañe a la consumación de un señorío de la ley como prescripción del ser. Siendo el “nomos” quien “deja venir en presencia cada cosa en lo suyo propio, o sea, que lo deja pertenecer a su pertenecimiento”¹⁰. Han por su parte, afirma que no existe una diferencia sustancial entre la búsqueda de Heidegger y el «poder libre»>> de Hegel, en ambos casos se libera al ente en su concepto. A su vez, encuentra en Heidegger una referencialidad profundamente onto-teológica y aferrada a la idea de Dios. Por tal razón, si se admite la existencia de Dios, no hay posibilidad de desustancializar el poder. Solo la negación radical del sustantivo quita toda referencialidad a la idea de poder. En cambio, el poder esgrimido para la tradición onto-teológica de occidente presupone la complicidad entre *theós* y *ánthropos*.

Ya en el cuarto capítulo, Han nos dice que Hegel piensa a Dios como sujeto, y por esta razón, describe el acontecimiento de la creación del mundo en términos de la lógica del poder. Esto es, Dios en primer término reposa sobre sí inexpressivo en un “eterno silencio y ensimismamiento”, envuelto en un poder mudo y sin forma. Cuando decide salir-se de ese estado coloca al mundo afuera y se identifica con él en cuanto suyo; por ello el mundo creado es una autoexplicación del poder divino. De esta manera, Dios que regresa en lo otro de sí a sí-mismo, en cuanto “subjetividad se determina al poner la existencia exterior expresamente como su propia figura y regresar de ese modo a sí”.¹¹ Dios que es el “espíritu libre” solo se ve reflejado en el hombre libre. Sin embargo, la relación entre ellos tiene el carácter de un señorío donde la violencia no tiene lugar. Para Hegel, en dicha relación vertical se aprecia la máxima expresión del poder, esto es, la “puesta en libertad de lo otro”. El hombre se libera en la obediencia a Dios. En este sentido, Han expone al budismo como una religión de

⁹Han, *op.cit.*, 106.

¹⁰Han, *op. cit.*, 107.

¹¹Han, *op. cit.*, 119.

la amabilidad¹², y como tal, se destaca por negar toda sustancialidad al ser. A diferencia de Hegel, que definió al budismo en categorías onto-teo-lógicas y llenando el vacío de la nada, Han remarca a la nada budista como la inexistencia de un vallado sustancial. Por ello, la nada no es Dios, a saber, también Dios es nada y, como tal, está vacío. Este vacío de la nada permite el fluir del espíritu desustancializado. La meditación como praxis budista es el ejercicio cuyo objetivo es desaparecerse y liberarse, estar enteramente afuera e ir hacia el otro sin ir consigo mismo. La amabilidad consistiría en ello para Han, en el “no-habitar-en-ninguna-parte”.¹³ De modo que sin morada siempre se está invitado.

En suma, y en el último capítulo, Han asume que la única posibilidad de sustraerse del poder de lo «uno», en tanto totalidad, es la idea de la amabilidad. Esta permite estar-junto en lo discontinuo debido a un vacío especial que rompe la rigidez del sí-mismo. Como si fuera una *table d'hôte*, surge de sí un “tiempo vacío” en el cual todo transcurre sin interioridad ni un poder que congregue. La amabilidad des-interioriza el tiempo, lo espacializa llenándolo de un intermedio vacío. Dice Han que “si existiera una música de la amabilidad debería contener mucho espacio”¹⁴, a diferencia de la música marcial que congrega al sujeto a una marcha anulando a su paso la yuxtaposición de lo diferente. El espíritu de la amabilidad está capacitado para recibir lo diverso, lo adyacente e incluso lo sin-sentido, puesto que no posee la necesidad de asir a lo otro. La amabilidad es la ausencia de poder en favor de la plenitud del ser.

¹²Para un desarrollo más extenso sobre el budismo y la amabilidad ver Han, Byung-Chul. *Filosofía del budismo Zen*. Barcelona: Herder Editorial, 2019.

¹³Esta temática es abordada en Han, Byung-Chul. *Ausencia. Acerca de la cultura y la filosofía del Lejano Oriente*. Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2019.

¹⁴Han, Hegel, *op.cit.*, 153.